

DISCRIMINACION / TIENEN PROBLEMAS AL VER LOS CASEROS SU COLOR Y SUS ROPAS

Un grupo de músicos saharauis de gira lleva un mes intentando alquilar un piso en Madrid

Viene de la página 1
Mientras la búsqueda continúa, cada noche deben pagar 15.000 pesetas de alojamiento, más otro tanto por la comida. «A este paso no vamos a llevar nada de dinero del que estamos ganando con las actuaciones para las familias que están en nuestros campamentos, donde hay tantas necesidades», se queja Mariam.

Ni siquiera la presencia y las gestiones de la representante de su compañía de discos, Nube Negra, Adelaida Martínez, les sirve de ayuda. «Empezamos buscando cerca de nuestra empresa, por la zona centro, pero ya hemos buscado hasta en el barrio de la Concepción o Getafe. Llamas al anuncio, citas una cita con el propietario y cuando llego y empiezo que es para unos saharauis, que son artistas y están de gira, dicen que no. Ya me ha ocurrido una docena de veces».

Ni el aval de la discográfica, ni el pago adelantado, ni, incluso, una renta algo más elevada que la exigida persuaden a los caseros.

Y así, Mariam y Nayim, y también Feco Yule, Hadida, Setima Said y Natu Mohamed, que trasladaron la noche del jueves en una sala de Madrid, no cesan de intentar qué pasa, cuando su destino cambian a



Nayim Alai, a la izquierda, y Mariam Hassan, al fondo, con el resto de sus compañeros de gira. (Foto: Unica)

que llevamos viajando agotados. Así les ha ocurrido al ir a Alemania al festival Voces de Mujeres, o a Ibiza, al festival Un mundo de músicos. «Afortunadamente la mayoría de la gente no es así y hay mucho apoyo a nuestra causa», puntualiza Nayim, nacido en una familia de músicos y

uno de los músicos más valorados porque está renovando la música *haal* de su tierra, un lugar seco y pobre en el que la hospitalidad es regla de oro.

Lo mismo que lo es en el desierto de Argelia, de donde vino hace un par de semanas el hijo del más exitoso cantante del

sur del país, el tuzarg Mohamed Larraz.

Larraz abrió en Madrid con su música llena de bellas piezas artesanales para presentarlas en Esportara, una feria sobre turismo rural y de aventura, que tuvo lugar en la Casa de Cameros. Incluso la representación

2001

Las tribulaciones de un grupo de saharauis para alquilar un piso en Madrid.

De cómo *Sáhara en el Corazón III* deriva en *Rock por el Sáhara*.

Grabando un disco en Madrid, con Baba Salama asumiendo una buena parte de la producción artística.

Shueta salva la vida gracias a la música.

SE BUSCA PISO

«Mariem Hassan no daba crédito cuando en el aeropuerto, en esta segunda gira que realiza por Europa, le quitaron las pinzas de depilarse las cejas antes de subir al avión. Fue la primera señal de que las cosas, después del 11 de septiembre, habían cambiado para aquellos que vienen a Occidente desde el otro lado del estrecho.»

Así empieza el reportaje de Rosa Tristán sobre los saharauis y sus inútiles intentonas por alquilar un piso en Madrid. Lo mejor de todo es que, gracias a él, al día siguiente una voz de mujer llamó a Nubenegra y pudimos alquilar el deseado piso en los alrededores de Atocha. Ideal para ellos; espacioso, con una terraza muy grande y un precio razonable.

Nubenegra se ha tomado un pequeño respiro con los saharauis. Leyoad 99, lo hizo muy bien en Sfinks pero como grupo no funciona. No eran una piña, mostrando un objetivo musical claro, sino una suma de personalidades muy dispares.

Con la nueva oficina a pleno rendimiento, estamos cada vez más implicados en la representación artística de nuestros grupos y cantantes. No podemos descuidar a los venezolanos de Huracán de Fuego que me tienen como loco con sus tambores africanos en América. Ni al Septeto Santiaguero, los más divertidos en directo. Para no abandonar mi idilio con Cuba, acabo de lanzar un disco muy curioso, *Batangó*, del Lewis Trío. En él se fusiona la música popular cubana con el jazz y la canción lírica. Y La Banda Negra, o lo que es lo mismo: «África en Madrid», con Bidinte (Guinea-Bissau), Seydu (Sierra Leona), Rasha y Wafir (Sudán), Ass, Mass y Pap (Senegal) y Alex Ikot (Guinea Ecuatorial).

El interés del Partido Comunista de España en contar con los saharauis en su fiesta anual, en la Casa de Campo de Madrid, ha servido de espoleta para montar una gira este otoño y como se están cerrando bastantes fechas, hemos decidido alquilar un piso.

En mayo, lo que se planteaba el año pasado como *Sáhara en el Corazón III*, derivó en *Rock por el Sáhara*, debido al cartel que finalmente se conformó: SKA-P, Boicot, Porretas, Abuelas Fumadoras con Mercedes Ferrer y Nayim Alal con las Mujeres Saharaus.

Del otoño 2.000 se había retrasado a esta primavera, celebrándose, el sábado 26, en la sala Divino Aqualung de Madrid, pues La Cubierta, sin Rosendo, Serrat o Sabina -nombres que se barajaron sin éxito- era inviable.

Ante el sesgo que había tomado el cartel, Nayim y Mariem fueron relegados al papel de teloneros. Muy pocos saharauis residentes en Madrid se acercaron al concierto y, aunque Nayim y Mariem pusieron la carne en el asador, lo que realmente

celebró el público fue la suite final de bailes protagonizada por Toufa y Emboirik, muy vistosa por las evoluciones de éste último, con la darraa desplegada. Lástima que los bailarines parecieran desconocerse el uno al otro.

MARIEM HASSAN CON LEYOAD

Por esas fechas estaba yo en la oficina cuando Alberto Gambino se presentó.

—¿Qué pasa, Alberto? ¿Cómo van esos discos?

Llevábamos desde el 99 aprovechando las fechas libres para grabar y yo empezaba a estar intrigado por el tiempo transcurrido.

—Manuel, el de Nayim anda un poco retrasado, pero es del otro del que te quería hablar, del de las mujeres. Te dejo una copia de escucha y ya me dirás qué te parece. ¡Atención a Mariem, está que se sale!

Yo siempre tengo la última palabra en lo que respecta a la publicación de los discos y suelo decidir el orden en que van las canciones. Lo primero en lo que me fijo es que Mariem canta cuatro canciones en solitario y tres más a dúo, de un total de doce. Los demás cantantes no pasan de una o dos canciones. A partir de ahora ya no me podrá decir que ella es una entre todas y que canta las mismas que sus compañeras. Sé que no lo hace por escurrir el bulto, sino por solidaridad con ellas.

Escucho el disco y me quedo anonadado. Debo descubrirme ante semejante obra. Llamo a Alberto y le digo:

—Alberto, está claro que debemos cambiar el título del disco. En vez de *Leyoad* a secas, pasa a llamarse: *Mariem Hassan con Leyoad*.

La entrada de «Id chab» es majestuosa. La batería de Alex Ikot y el bajo de David Owono -dos ecuatoguineanos que viven en Madrid- marcan un andante que se mantiene hasta que, muy cerca del final, la guitarra saharauí nos deja un solito de despedida. Mariem celebra «La fiesta del pueblo»: «Queremos que la voz de mi pueblo se escuche con fuerza en todas partes. Que el mundo sea testigo de que nunca nos hemos arrodillado ante nada ni nadie».

Este tema lo suele cantar en directo, y es mucho más largo. En realidad, aquí sólo está el mawal. ¿Para qué más? Roza la perfección. Ideal para abrir el disco.

En «Yasar geidu» irrumpe la esperanza jovial y potente: «Estamos rompiendo las ataduras. Nuestro objetivo es la independencia; con una mano hacia la libertad y la otra hacia la paz». Ahora es Alberto Gambino quien, con el teclado disfrazado de acordeón, nos lanza hacia ese futuro prometedor que dibuja la canción. De nuevo la sección rítmica sostiene el tema de forma impecable. ¡Cómo repiquetea el *charles* de la batería y cómo zumba el bajo! ¡Y Mariem, radiante! Espero que algún día algún músico saharauí llegue a dominar la batería así.

En directo la canción funciona muy bien, con las guitarras saharauis y los tebales de las mujeres. La colocaré en medio, para que no decaiga el disco.

El final se lo reservo a «Sahara neb gija» (Sáhara te quiero). Una declaración de amor a la tierra invadida, que cuando la presenta en directo lo hace en su español limitado: «En mi país hay árboles, y ríos, y montañas, y flores y pájaros». Yo añadiría: «Nada que ver con la hamada argelina».

¡Qué diferencia entre la ingenuidad de sus palabras y el espléndido mawal con el que nos abre la canción y, cuando ya estamos dentro, cómo nos enseña su tierra a lomos de camellos, dibujados magistralmente por las mujeres y sus tebales! Aquí no echo en falta a Alex y David. Los saharauis se bastan por sí solos.

BABA SALAMA

Está claro que una buena parte del mérito de esta producción corresponde a Baba Salama, arreglista de la mayoría de las canciones. Donde más se nota su presencia es en el ambiente relajado de muchos temas, suavizando la agresividad que algunas voces femeninas han puesto de moda en los campamentos.

Me alegré mucho cuando reapareció por Nubenegra. Tras el festival de Slinks, yo le presté una importante cantidad de dinero para pagar su boda. Una vez celebrada, le prohibieron seguir con la música. Ese oficio era indigno de alguien que se había casado con la hija de un ministro de la RASD. La pareja se vino a vivir a Sevilla con la madre de ella, donde nació su hijo. Cuando podía, Baba se escapaba y se venía a Madrid para participar en la grabación del disco. Pero nada de aparecer tocando en público. Al preguntarle ¿en qué trabajas en Sevilla?, baja la cabeza y me dice que: «Sólo me contratan en la construcción, como guardia nocturno de obras». Su primer grupo de música, Nayi, lo había montado en Rabuni con Boika a la guitarra rítmica, Tayeb al bajo, Gringo a la batería y Alí Chej y Jalihena como cantantes. Buscaba modernizar el haul y en el estudio de Axis encuentra a su sitio.

SHUETA

Para la tanda de conciertos de este otoño, no vamos a poder contar con Mariem ni con Nayim, y tampoco con Baba. Como única opción, Cultura nos ofrece un grupo que ha estado tocando en Cantabria. El último concierto es en Castro Urdiales, y allí me voy. Nada menos que en Santa María de la Asunción, una iglesia gótica del siglo XV, maravillosa. Qué impresión ver cómo cantan Faknash, Fatimetu, Natu o Shueta, junto al altar, rodeadas de vírgenes, crucifijos y santos. Y hasta bailan un *lebluh*, la danza con los cuencos que recuerda la sobrealimentación que dan a las niñas de 12 o 13 años para engordarlas y casarlas pronto.

En la fiesta del PCE tocan en el escenario principal por la tarde, y en otro de la agrupación madrileña, por la noche. Están anunciadas como Mujeres Saharauis.

Shueta tiene un bulto enorme en el lado izquierdo del cuello, bajo la oreja. Me dice que en Cantabria la llevaron a un centro de salud, donde se interesaron por el tiempo que llevaba el bulto en el cuello. Al responder que mucho tiempo la dejaron irse sin investigar nada más.

Como me parece todo muy raro, la llevamos al hospital 12 de Octubre. Las pruebas son incontestables, le diagnostican un cáncer. Es importante no dilatar la operación. Está de visita en España, con los papeles en regla, y la sanidad española se hace cargo de ella.

No hay tiempo que perder. Ahora entiendo todas esas ronqueras y los problemas continuos con su voz. Debo mantener la calma. No quiero alarmar a nadie y menos a Shueta. Le digo que hay que terminar el disco y que quiero que en él esté su canción favorita, «Wadna». Esa sobre el río Saguía el Hamra -su cuna y su infancia- y el anhelo de recuperar su paisaje. Cuento para ello con Alex y David. Ha quedado muy moderna, muy sólida. Irá la segunda en el disco.

Como si no tuviera mucha importancia, le pido que, ya puestos, me cante sus canciones para grabarlas y tenerlas en el archivo. En la mente de todos están las posibles secuelas de una operación en un lugar tan vital para una cantante. Shueta lo hace encantada, acompañada por Nayim. Ya antes le había grabado en la oficina los ritmos saharauis, con ella al tebal, para mi colección sobre la música haul.

La operación es un éxito. Shueta se restablece con toda tranquilidad en el flamante piso donde se alojan los saharauis. Gracias a todos: a Rosa Tristán, a *El Mundo*, a la dueña que nos lo ha alquilado y a la Seguridad Social Española.

Atrás queda una anécdota de cuando todavía el grupo pernoctaba en el hostel El Tera. Resulta que Shueta salió de paseo con Mohamed Salec. Entraron en la estación de metro de Antón Martín, a 50 metros de El Tera. Al llegar el tren y abrirse las puertas, hubo unos segundos de confusión, de modo que al cerrarse las puertas, Shueta se quedó dentro del vagón y Mohamed fuera, en el andén. Luego, él cogió el siguiente tren y se bajó en la primera estación pensando que Shueta lo estaría esperando, pero ni rastro de ella. Estuvo dando vueltas; siguiendo con otros trenes en la misma dirección; buscándola en las paradas sucesivas. Cuando se convenció que así no la iba a encontrar, se presentó en la oficina.

Según nos lo contaba, todos los que estábamos en Nubenegra empezamos a alertarnos. Shueta solo hablaba hasanía, ni una palabra en ningún otro idioma. No sabía cómo se llamaba el hostel, ni su teléfono, ni el de Nubenegra, ni ninguna dirección. Tampoco se atrevía con las escaleras mecánicas, aunque eso ahora no

viene al caso. Telefonamos a la compañía del Metro y le expusimos la situación. Dieron aviso a seguridad, pero pasaban las horas y Shueta no aparecía. Finalmente, cuando el metro estaba cerrando, ya de madrugada, la encontraron en una estación en la otra punta de Madrid.